

X Jornada de Estudio de Teología desde el Corazón de Cristo
“El Cardenal González Martín, un pastor según el Corazón de Cristo.
En el centenario de su nacimiento”

Toledo, 16 de junio de 2018

El magisterio sobre el Corazón de Jesús en el Cardenal González Martín

Luis Fernando de Prada

Con motivo del centenario del nacimiento del que fue nuestro Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Marcelo González Martín, me han pedido una exposición sobre cómo estuvo presente en su predicación y escritos la Devoción al Corazón de Jesús [=DCJ]. Debo reconocer que me costó aceptar tal petición, por no conocer a fondo los escritos de D. Marcelo, pero, por otro lado, no podía negarme a trabajar sobre lo que nos enseñó el obispo que me ordenó sacerdote y me dio los primeros destinos ministeriales, incluido el envío a Roma a estudiar Teología Espiritual. Y debo decir que he disfrutado leyendo estos textos, en los que latía el corazón de aquel querido y admirado pastor unido al Corazón del supremo Pastor de la Iglesia.

Sí debo advertir que nadie espere aquí un estudio exhaustivo del tema, que nos hubiera obligado a bucear en infinidad de homilías, conferencias y escritos de D. Marcelo [=DM], sino solo un intento de síntesis de lo expuesto por el Autor en los principales documentos en que trató del Corazón de Cristo, tal como podemos encontrarlos en las publicaciones manejadas¹.

1. Introducción

1.1. Breve nota sobre la DCJ en la vida de D. Marcelo

Antes de enseñar y predicar sobre la devoción al Corazón de Jesús, D. Marcelo la vivió personalmente. Me remito a este respecto a la conferencia que su fiel secretario, D. Santiago Calvo,

¹ Usamos el volumen III de las *Obras del Cardenal Marcelo González Martín*, titulado *En el corazón de la Iglesia*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Toledo 1987. En la 2ª parte de dicho volumen encontramos 9 escritos de D. Marcelo sobre el Corazón de Jesús; 7 de ellos han sido recogidos posteriormente en una publicación del Aula de Teología desde el Corazón de Cristo: *El Corazón de Jesús en el Magisterio del Cardenal D. Marcelo González Martín*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2011. Esta segunda publicación, si como hemos dicho carece de 2 documentos de la primera, añade, en cambio, una ponencia de 1958 -por tanto, antes de su consagración episcopal- y 2 conferencias y 1 homilía que el entonces Arzobispo emérito de Toledo pronunció en 2000 y 2001. Citaremos según esta segunda publicación (con la abreviatura *CJMag*), salvo para aquellos 2 documentos que solo están en el volumen III de las *Obras* (que citaremos como *OCMGM*).

pronunció el pasado 6 de junio, cuyo texto él mismo tuvo la amabilidad de enviarme².

Nacido en enero de 1918 en Villanubla (Valladolid), natural por tanto de la misma provincia del beato jesuita P. Bernardo de Hoyos, D. Marcelo realizó buena parte de sus estudios en la Universidad que la Compañía de Jesús dirigía en Comillas, para ser finalmente ordenado sacerdote en 1941 en el Santuario de la Gran Promesa del Corazón de Jesús en **Valladolid**. En la citada conferencia, D. Santiago Calvo señala como fuentes de la devoción de DM al Corazón de Jesús su amor a Sta. Teresa (tan amante de la Humanidad de Cristo), su formación con la Compañía de Jesús en Comillas, y especialmente, según manifestó el propio DM, su relación con el Santuario de la Gran Promesa de Valladolid, ya desde antes de ser sacerdote y en sus primeros años de ministerio.

Consagrado obispo de **Astorga** en 1961, D. Santiago Calvo recuerda la Carta Pastoral que publicó en junio de 1965 con motivo de un monumento del Corazón de Jesús en La Cabrera Leonesa:

“Personalmente no puedo olvidar que mi vida de sacerdote, hasta que vine a Astorga, ha transcurrido en Valladolid, la ciudad del Santuario Nacional de la Gran Promesa, en que la perla del Corazón de Cristo no cabe allí, con ser tan rica y tan grandiosa la concha que le guarda, y por eso desea que sus fulgores brillen en todas las diócesis de España. ¿Cómo no he de querer, pues, que llegue esa luz hasta las tierras de mi diócesis de Astorga, en las cuales se ama y se sufre conforme a lo que pide el Corazón de Cristo?”³

En 1966 DM será trasladado a **Barcelona**, la ciudad del Templo Expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús del Tibidabo; ciudad en la que, por cierto, ya había sido invitado siendo aún obispo de Astorga a dar alguna conferencia sobre el Corazón de Cristo. Y finalmente, su pontificado más largo y fecundo se desarrollaría en **Toledo**, entre 1972 y 1995. En relación con nuestro tema debemos recordar, entre otras muchas acciones, la aprobación del *Centro de Estudios de Teología Espiritual (CETE)*, en cuyas *Semanas* anuales de estudios se abordaron con frecuencia temas relativos a la Teología y Espiritualidad del Corazón de Cristo, con especial protagonismo de teólogos como los PP. jesuitas Luis M^a Mendizábal y Cándido Pozo, con los que DM mantuvo cercana relación y amistad. Precisamente el P. Mendizábal, recientemente fallecido, fue el inspirador de la Fraternidad Reparadora Apostólica en el Corazón de Cristo Sacerdote, congregación religiosa femenina que DM erigió canónicamente. También aprobaría la Fraternidad Sacerdotal en el Corazón de Cristo, asociación privada de sacerdotes diocesanos que viven y propagan esa espiritualidad. Celebró cada año la solemnidad del Sagrado Corazón en la Iglesia de los Padres Jesuitas de Toledo, siempre con una vibrante homilía. Durante esos años, participó también en varios congresos nacionales o internacionales sobre el CJ.

Arzobispo emérito desde 1995, seguiría hablando del CJ en varias *Semanas* organizadas por el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús y el Santuario de la Gran Promesa de Valladolid. Finalmente, la última intervención sobre el CJ de cuyo texto tengo conocimiento fue su homilía en la bendición del monumento al Sagrado Corazón en Peñalsordo (Badajoz)⁴.

² *El Corazón de Jesús en la vida de D. Marcelo*, conferencia pronunciada por D. Santiago Calvo Valencia el 6 de junio de 2018 en Valladolid, en el Santuario de la Gran Promesa, dentro de la *Semana Diocesana del Corazón de Jesús*.

³ *OCMGM*, 110.

⁴ El entonces párroco de esta localidad, D. Alberto J. González Chaves, relata el hecho en su obra *Don Marcelo, amigo fuerte de Dios*, EDIBESA, Madrid 2005, 254ss.

1.2. Síntesis de la Espiritualidad del Corazón de Jesús [=ECJ]

De cara a la síntesis que vamos a exponer del pensamiento de DM sobre la DCJ, pueden orientarnos unas palabras que sobre la misma escribió en 1986 **S. Juan Pablo II**⁵.

El Papa polaco, al que tan unido estuvo siempre el Cardenal González Martín, enseñó que «esta devoción responde más que nunca a las aspiraciones de nuestro tiempo», y explicó que «si el Señor quiso en su Providencia que en los umbrales de los tiempos modernos, en el siglo XVII, partiese de Paray-le-Monial un poderoso impulso en favor de la devoción al Corazón de Cristo, con las características indicadas en las revelaciones recibidas por Santa Margarita María, los elementos esenciales de esta devoción también pertenecen de manera permanente a la espiritualidad de la Iglesia a lo largo de su historia; porque, ya desde el principio, la Iglesia ha dirigido su mirada hacia el Corazón de Cristo traspasado en la cruz»; y los Santos Padres «han visto en el Corazón del Verbo encarnado el comienzo de toda la obra de nuestra salvación, fruto del amor del Redentor divino, del cual este Corazón traspasado es un símbolo particularmente expresivo».

Vemos, pues, cómo S. Juan Pablo II -siguiendo las huellas de sus predecesores, particularmente la gran encíclica de Pío XII sobre el CJ, *Haurietis Aquas*- enseñaba: 1º) Lo esencial de esta devoción pertenece a la espiritualidad de la Iglesia a lo largo de su historia, pues se basa en el Evangelio y en la Tradición.- 2º) Sin embargo, esta devoción adquirió unas características propias a partir de las revelaciones del Señor a Santa Margarita María.- 3º) De esta forma, la devoción al CJ, tan antigua como el Evangelio en sus rasgos esenciales, pero con una fisonomía particular en los últimos siglos, responde más que nunca a las necesidades del hombre contemporáneo.

Tengamos en cuenta que dicha fisonomía particular de esta Espiritualidad se enmarca en el contexto histórico de la separación de Dios del hombre moderno, que le lleva a su ruina personal y social, y la respuesta divina que podríamos denominar **la Espiritualidad de la Misericordia**. En efecto, la Misericordia divina, tan presente en el Nuevo Testamento, se va a manifestar con especial fuerza en la DCJ que parte de Paray-Le-Monial, y posteriormente, a través de numerosos mensajeros del Amor Misericordioso, como Sta. Teresa del Niño Jesús, la Beata M. Esperanza de Jesús, Sta. Faustina Kowalska, etc., así como en todos los Papas recientes, especialmente S. Juan Pablo II (que escribió la encíclica *Dives in Misericordia* y canonizó a S. Claudio de la Colombière y a Sor Faustina); Benedicto XVI, que dedicó su primera encíclica al Amor de Dios; y el Papa Francisco, que promulgó el Año de la Misericordia y constantemente se refiere a ella. Podemos decir en concreto que la devoción a la Misericordia divina, tal como fue propuesta por Sta. Faustina y aprobada por S. Juan Pablo II, viene a ser otra llamada del Amor de Dios en continuidad con la del CJ a través de Sta. Margarita. Y algo semejante podríamos decir de la especialísima presencia de la Virgen María en los dos últimos siglos de la historia de la Iglesia, con las apariciones de Lourdes o Fátima, las prácticas a ellas vinculadas, los frutos espirituales de los santuarios marianos, etc.

Pues bien, intentaremos mostrar cómo **DM trató estos aspectos: lo esencial y lo accidental en la ECJ en su evolución histórica; su núcleo teológico permanente y sus expresiones cambiantes; la centralidad de la misericordia del CJ para el hombre contemporáneo; sus implicaciones sociales, y los beneficios pastorales de esta Espiritualidad para nuestro tiempo.**

⁵ Carta al Preósito de la Compañía de Jesús, P. Peter Hans Kolvenbach, entregada en Paray-le-Monial el 5 de octubre de 1986.

2. Fundamentos teológicos e históricos de la DCJ

2.1. Evolución histórica del culto al CJ

Comencemos por ver cómo exponía DM los fundamentos teológicos de la DCJ y su evolución histórica en el escrito más antiguo de la recopilación que usamos, una ponencia de 1958, por tanto antes de su consagración episcopal, titulada: *¿Crisis o evolución en el culto al Sagrado Corazón?*⁶

En este escrito, poco posterior a la *Haurietis Aquas* [=HA], DM señalaba cómo «la devoción al Sagrado Corazón de Jesús no se ha visto nunca del todo libre de ciertas dificultades, nacidas, o de la incomprensión, o del odio, o simplemente de la ignorancia» (pg. 11, nota 4). Recordaba cómo según el P. Albarracín, desde la muerte de Cristo hasta la Gran Aparición a Santa Margarita en 1675, más de quinientos autores nos hablan del Corazón de Jesús en sus escritos. Y siguiendo la propia HA, distinguía en esta devoción las siguientes **etapas**:

1ª) *Etapa apostólica*: La Santísima Virgen y los Apóstoles han tributado culto de adoración, de acción de gracias y de amor a la Humanidad Santísima de Cristo y de un modo especial a sus llagas abiertas. Podemos concluir que los evangelistas nos descubren veladamente el Corazón del Salvador.

2ª) *Época patristica*: La misma afirmación viene a hacer la HA en cuanto a los Santos Padres.

Por ello, señala el Autor, «en esas dos primeras etapas la Iglesia vive silenciosamente este culto, todavía no explícito, pero sí con sus gérmenes iniciales. Es un silencio parecido al de la sangre en las venas. La sangre se mueve y ni lo advertimos siquiera. Pero de ella vivimos» (16). Bella imagen de DM.

3ª) *Edad Media hasta Sta. Margarita*: es ya una época abierta y clara. Abundan en ella las almas escogidas a las que Pío XII llama portaestandartes de esta forma de religión que, privadamente iba tomando cada vez más vigor en los Institutos religiosos. Así, «la práctica y la enseñanza del culto al Sagrado Corazón de Jesús es en esta época un hecho normal, en cuya posesión el espíritu cristiano goza y vive» (14), por lo que podemos decir que «la práctica y la enseñanza de este culto se acusan con más fuerza y pugnan por salir al exterior ya con su propio nombre. Es como el temblor de la sangre y de la vida que golpea nuestros pulsos gritándonos que existe» (16). Prosigue con la imagen.

4ª) *Desde Sta. Margarita y S. Claudio hasta nuestros días*: la práctica y enseñanza de la devoción al Corazón de Jesús «adquieren un carácter solemne, público, definido, oficial, litúrgico, universal y constante» (14). Ahora la Iglesia contempla que esa sangre de su vida se desborda al exterior. Santa Margarita María ha sido el instrumento para ello utilizado por Dios. Es lógico que ahora la Iglesia se ponga a examinar desde las alturas de su Magisterio «el camino que esa sangre ha de recorrer (extensión del culto), el calor vital que encierra (contenido espiritual), la protección y cuidados que merece (liturgia), y su aire de familia (naturaleza y procedencia de esa corriente sanguínea)» (17).

Por ello, DM recuerda la **actitud de la Iglesia** respecto a este culto, siguiendo la misma síntesis de la HA, que él resumía así:

«... su admirable desarrollo se debe principalmente al hecho de hallarse en todo conforme con la índole de la religión cristiana, que es religión de amor. No puede decirse, por consiguiente, ni que este culto debe su origen a revelaciones privadas ni que apareció de improviso en la Iglesia, sino que brotó espontáneamente de la fe viva y de la piedad ferviente de almas predilectas hacia la persona adorable del Redentor... las revelaciones

⁶ La tomamos de *CJMag*, 11-21.

de que fue favorecida Santa Margarita María, no añadieron nada nuevo a la doctrina católica. Su importancia consiste en que ... de modo extraordinario y singular quiso atraer la consideración de los hombres a la contemplación y a la veneración del amor misericordiosísimo de Dios para con el género humano. De hecho, mediante una manifestación tan excepcional, Jesucristo expresamente y repetidas veces indicó su Corazón como símbolo con que estimular a los hombres al conocimiento y a la estima de su amor; y al mismo tiempo lo constituyó como señal y prenda de misericordia y de gracia para las necesidades de la Iglesia en los tiempos modernos».

DM decía lo mismo con otras palabras: «...las apariciones a Santa Margarita hicieron reflexionar a la Iglesia sobre lo que ya existía y preguntarse si lo que ahora empezaba a existir tenía tan sólidos fundamentos que su relativa novedad no consistiera sino en ser un grito más potente del Corazón de Jesús en relación con el anhelo siempre manifestado por Él desde que se dejó ver de los hombres en los días del Evangelio. Y esto es lo que la Iglesia vio, comprobó y decidió» (17).

DM recuerda las muchas aprobaciones y recomendaciones pontificias a este culto desde tiempos de Sta. Margarita hasta el Papa entonces reinante, así como diversas obras e iniciativas de esos siglos relacionados con la ECJ, como el Apostolado de la Oración, las consagraciones de familias, numerosas publicaciones, etc.

Y **concluye** respondiendo al título de su ponencia: ***¿Podía hablarse de crisis?:***

- 1º. Que no se puede hablar de crisis desde el punto de vista del Magisterio doctrinal y litúrgico de la Iglesia.
- 2º. Por el contrario, debe hablarse de una gradual evolución, que ha llegado a su expresión más plenaria y lograda con la Encíclica *HA*.
- 3º. Que ha habido una crisis transitoria en determinados ambientes del pueblo cristiano en los últimos años.
- 4º. Que en gran parte esta crisis se ha producido por desconocimiento de la verdadera naturaleza del culto y por la negligencia de quienes teníamos que cuidar la grey encomendada.

2.2. Recapitulando la historia, dos fases: primera, hasta Paray

Si reflexionamos sobre lo expuesto hasta ahora, podemos agrupar esas cuatro etapas históricas en la ECJ que señalaba DM en dos: desde el Nuevo Testamento hasta las revelaciones a Sta. Margarita, y desde entonces hasta nuestros días.

En la primera etapa podemos decir que ***el CJ está latente***. El Cristianismo es conocimiento y amor a Jesucristo, que nos ama con amor divino-humano y misericordioso. La ECJ, tan antigua como el Evangelio, da profundidad a esa relación con el Señor. Es lo que expresaba en 1987 el entonces **Cardenal J. Ratzinger** en su *Prólogo* al III volumen de las Obras del Cardenal González Martín:

«... la devoción a Cristo Jesús, el Hijo de Dios que se hizo carne y que, por ello, no puede prescindir de su humanidad, para no ser superficial tiene que llevar a su Corazón. En efecto, el “Corazón” es lo decisivo en el hombre y lo que permite valorarlo plenamente. San Jerónimo con gran claridad expresaba esta idea, rica para la antropología cristiana, cuando escribió: “Se pregunta dónde está lo principal del alma: Platón dice que en el cerebro, Cristo muestra que está en el Corazón”.

Por otra parte, la espiritualidad propia de la devoción al Corazón de Jesús es también exigencia de una recta concepción eclesial. No puede olvidarse que, en la doctrina patristica, Cristo, el nuevo Adán, duerme muriendo y de su costado abierto nace la Iglesia virgen. Del Corazón del Señor brota la Iglesia. Este Corazón es el Corazón del Logos

encamado. Ya en el Antiguo Testamento se habla en veintiséis ocasiones del Corazón de Dios. En Oseas 11 encontramos un tema tan profundo como el vuelco del Corazón de Dios por impulso de la misericordia. En el Corazón humano de Jesús se refleja también el Corazón de Dios. Del uno podemos ascender al otro»⁷.

Desde este punto de vista, podemos decir que en la abundantísima predicación y reflexión que sobre Jesucristo hizo DM a lo largo de toda su vida, tuvo siempre esa profundidad -señalada por el Card. Ratzinger- que le llevaba espontáneamente al Corazón del Señor, a su amor divino-humano, a su entrega redentora y esponsal por la Iglesia, etc.

2.3. Segunda fase, desde Paray (s. XVII)

Pero también habló DM sobre la segunda etapa, desde Paray-Le-Monial, en que la DCJ se hace más **explícita** y adquiere determinados rasgos en **respuesta a las circunstancias históricas**. Así lo explicó DM en 1982:

«Cuando Europa entera se desgarró y se dividió en dos, es el mismo Buen Pastor el que, usando una vez más sus métodos propios, los desproporcionados, para que brille sólo el Poder divino, interviene recordando al mundo el amor de su Corazón y revelando la devoción al Corazón de Jesús por medio de una humilde religiosa»⁸.

En esta etapa es cuando se van a difundir diversas prácticas piadosas; lo que llamará DM en 2001 **la devoción organizada**:

«...Santa Margarita y el Padre La Colombière son un recuerdo constante para nosotros y un deseo de seguir el camino que ellos marcaron; es cuando empieza la devoción al Corazón de Jesús, la devoción organizada, la devoción de los nueve primeros viernes, la devoción con fiesta litúrgica marcada y señalada por la Iglesia. Es cuando por todas partes van surgiendo las cofradías; y en ciudades grandes y pequeñas vimos a hombres y mujeres con aquella cinta roja que llevaban sobre su pecho; la cinta y la medalla, celebrando con todo fervor la fiesta del Corazón de Jesús»⁹.

2.4. El Sagrado Corazón y el Magisterio de la Iglesia

Ahora bien, esta devoción, ¿seguía teniendo valor después del Concilio Vaticano II? En 1967, en Barcelona y en plena crisis posconciliar, DM va a afrontar esta cuestión, cuando muchos la menospreciaban y metían en el baúl de los recuerdos¹⁰.

Ciertamente, reconocía el entonces Arzobispo de Barcelona, pueden darse «expresiones sensibleras, realmente anticuadas o inconsistentemente fundadas en la verdad católica». Pero añadía que, eliminado cuanto de eso pudiera haber, *las devociones ayudan a la auténtica devoción*, o espíritu de entrega, siendo algo esencial al cristianismo el reconocimiento y la correspondencia al amor redentor de Dios a través del Misterio de Cristo.

En esa línea, recuerda DM las laudatorias expresiones de los Papas sobre esta devoción, que

⁷ OCMGM, X-XI.

⁸ *El Corazón de Cristo Pastor*, conferencia de clausura de la Semana de Teología del Sacerdocio de la Facultad de Teología de Burgos, pronunciada el 16 de julio de 1982; cita de OCMGM, 232.

⁹ Homilía en Peñalsordo, *CJMag*, 225.

¹⁰ *El Sagrado Corazón y el Magisterio de la Iglesia*, Exhortación pastoral, en *CJMag*, 45-51.

actualiza hasta llegar al Papa entonces reinante, Pablo VI:

«... puesto que la devoción y culto al Sagrado Corazón de Jesús ... se endereza en último término el amor de caridad que por el Corazón se simboliza, no sin razón la calificó **León XIII** de “preciadísima forma de culto religioso”. Justamente asentó **Pío XI** que “en esta devoción está encerrada la síntesis de toda la religión”. Exactamente escribió **Pío XII** que esta devoción “se puede considerar como la profesión más completa de la religión cristiana”, “la escuela más eficaz de la caridad divina» y «la síntesis de todo el misterio de nuestra Redención”. Y no menos sabiamente pronunció **Juan XXIII** que “para iluminar y excitar a la adoración de Jesucristo, nada mejor que meditarlo e invocarlo bajo la triple luz de su Nombre, su Corazón y su Sangre”. Y yendo al momento en que escribía, señala DM que **Pablo VI** había recordado que, pues el Concilio «exhorta en gran manera a los ejercicios de piedad cristiana, particularmente si son practicados por recomendación de la Sede Apostólica (SC, 13), parece que hay que inculcar éste por encima de cualquier otro, ya que esta devoción se dirige a adorar a Jesucristo y a ofrecerle reparación, y está fundada sobre todo en el augusto misterio de la Eucaristía, de la cual, como de toda acción litúrgica, se sigue la santificación de todos los hombres en Cristo y la glorificación de Dios, a la que tiende como a su fin toda la actividad de la Iglesia» (*Investigabiles divitias*, 10).

Por todo ello, DM **concluía** que «la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, lejos de haber perdido su razón de ser o su actualidad, ha venido a cobrar fuerza de necesidad en nuestro período posconciliar» (47). En efecto, es una devoción que, además de ayudar a la propia perfección y a la comprensión del Misterio de la Iglesia, aporta también remedio a los males sociales del momento, uniendo el amor de caridad a la lucha por la verdad y la justicia, así como a las tensiones, tan de esa época, entre libertad y autoridad. Igualmente, añadía DM con ese corazón de pastor que tanto sufría con los males eclesiales, que «si hoy nos acongojan y apenan algunos peligros en materia de unidad interna de la Iglesia ..., aquel Corazón que, a pesar de tanto haber amado a los hombres, no recibe de ellos sino ingratitudes y menosprecios, alentará nuestra esperanza de conseguir lo que tan ardientemente deseó para sus discípulos ...: “que todos sean uno”».

Además, «si hoy la materialización de la vida, la amplitud de la descristianización, del indiferentismo y del ateísmo incluso dificultan y esterilizan nuestros esfuerzos apostólicos, también este Corazón, que nunca perdió su íntima unión con el Padre y que se entregó en sacrificio por los mismos que le perseguían, nos señalará el único camino para su apostolado eficaz y el único refugio de consuelo ante el aparente fracaso: la oración y el sacrificio». Finalmente, si hoy «tantos corazones de cristianos ... se ven asaltados por los atractivos de la riqueza y del medro personal, y de la comodidad y el placer, incluso ilícitos e inmorales, este Corazón pobre y desnudo de todo interés de provecho propio, hasta darse enteramente, nos enseñará a poner nuestro ideal en la gloria y el servicio del Padre, aunque sea para ello necesario sacrificar nuestros intereses y ventajas materiales, y a expresar con nuestra vida el Misterio Pascual, de suerte que “no vivamos ya para nosotros mismos, sino para Quien por nosotros murió y resucitó” (2 Cor 5, 15)».

2.5. Consideraciones de DM en sus últimos años

Digamos algo ahora de las reflexiones de DM sobre el CJ en los últimos años de su vida.

- *El CJ, una Espiritualidad para el Tercer milenio*¹¹

Estamos ya en el Gran Jubileo del 2000, bajo la magna figura de S. Juan Pablo II, que había

¹¹ Conferencia pronunciada en el Santuario de la Gran Promesa, Valladolid, el 25 de junio de 2000. En *CJMag*, 205-214.

publicado en 1999 un mensaje sobre la ECJ de cara al Tercer Milenio¹². En esa misma línea, DM, en el Santuario que vio sus primeros pasos como sacerdote, exponía así el propósito de su charla: «Voy a hacer una exposición general sobre la espiritualidad del Corazón de Jesús y su conveniencia y aptitud para los tiempos que llegan, del Tercer Milenio».

DM habla de **espiritualidad**, más que de **devoción** como había hecho en sus primeras intervenciones. Lo explica: «Hablo de la espiritualidad, no de la devoción ya que los actos devocionales pueden repetirse rutinariamente, sin que se penetre en lo sustancial de una espiritualidad asimilada y viva» (211).

Tras hacer un breve diagnóstico de las luces y sombras de la sociedad del Tercer Milenio, el Cardenal Arzobispo emérito explicaba así la **conveniencia de esta Espiritualidad para el hombre del Tercer Milenio**:

«La espiritualidad que se nutre del Corazón de Jesús es una espiritualidad de encuentro con Jesucristo. Y Cristo es el centro de la religión cristiana. Si queremos saber qué siente, qué busca con su predicación, qué nos pide, qué piensa de las bienaventuranzas, de los mandamientos, etc., etc., tenemos que acudir a Él. Pero a Él en su corazón, es decir, en su amor. “He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres”. ... Es el Cristo del Amor. El que vive esta espiritualidad se mueve en el Dios del Amor» (211).

Señalaba a continuación el anciano Cardenal que en una comunidad que viva en serio la ECJ «es fácil que se practiquen la caridad y el perdón», «combatir los egoísmos y ansias de placer», «transformar el ambiente y vivir conforme al Evangelio un número creciente de personas y familias». Más aun, una Espiritualidad así «soluciona de raíz muchos problemas psicológicos», y «nos lleva a fomentar las vocaciones sacerdotales y religiosas a perpetuidad, como es perpetuo el amor del mismo Cristo» (212-213).

- Subrayado de la Misericordia

Así como señalábamos la acentuación de la Misericordia en los últimos tiempos de la historia de la Iglesia, también se dio ese subrayado en las últimas intervenciones de DM de que disponemos sobre Jesucristo y su Corazón.

En mayo de 2001 DM vuelve al Santuario de la Gran Promesa, y pronuncia una conferencia titulada **Misericordia de Jesús en el Evangelio**¹³: «Dejadme que yo os hable hoy de la misericordia del Corazón de Jesús. Es lo que más brilla en Él como fulgor divino, que se derrama sobre la humanidad necesitada de que Dios la contemple con ojos misericordiosos. Si es así, que la misericordia es la nota más viva y más brillante del Corazón de Cristo, quizá sea porque la contranota es nuestro egoísmo». Recuerda a continuación diversos rasgos evangélicos en que se manifiesta el Amor del Corazón de Cristo y concluye: «Si hay en Jesús esas actitudes de protección y misericordia, es porque hay amor, y si hay amor es porque hay un corazón que busca al que se ha cerrado para abrirle al amor del suyo. Esta es la raíz última de su misericordia. Nos encontramos con el Corazón de Jesús» (217).

Y tras recordar otros textos evangélicos, señalaba DM: «No es extraño que en una efusión de ese amor y buscando a los que viven alejados quiera utilizar a Santa Margarita María de Alacoque, que arde en el fuego de ese amor y anhela deshacerse en una entrega de total holocausto». Y añade que esta Espiritualidad «busca ante todo al pueblo sencillo, para que capte

¹² Mensaje con motivo del centenario de la Consagración del Género humano al Sagrado Corazón realizada por León XIII, 11 de junio de 1999.

¹³ Cf. *CJMag*, 215-222.

el contenido de la promesa de los nueve primeros viernes y actos de culto eucarísticos semejantes, que, enriquecidos por los Papas sucesivamente, se extiendan por las comunidades cristianas y levanten oleadas de fervor en cofradías y agrupaciones que siguen dando testimonio».

Al mes siguiente (junio de 2001), en su citada homilía en Peñalsordo¹⁴, DM insistirá en que «Cristo es la misericordia. Su Corazón está abierto para recibir a todos. Él no se cansa de nadie, su yugo es suave y su carga ligera. Venid a mi Corazón que desea recibirlos. ... Sí, hay que vivir ese Corazón» (223.226).

3. Lo esencial y lo accidental en la DCJ

Ya hemos apuntado lo que DM consideraba esencial de esta devoción en los documentos sobre las etapas históricas de la ECJ y el Magisterio de la Iglesia al respecto. Profundicemos en ello.

- En septiembre de 1974, poco antes del inicio del Año Santo de la Reconciliación de 1975, DM pronunciaba un discurso en el Congreso Sacerdotal Internacional que conmemoró el III Centenario de las Revelaciones a Santa Margarita María: **El Sagrado Corazón y el Año Santo: 'Pax et reconciliatio nostra'**¹⁵.

Basándose sobre todo en la encíclica *HA*, DM exponía cómo «hablar del Corazón de Jesús es hablar de la misión salvadora del Redentor, y es la expresión sensible del inabarcable amor de Dios a los hombres. ... El adorable Corazón de Jesucristo late con amor divino al mismo tiempo que humano, desde que la Virgen María pronunció su *fiat*». Y en un bello párrafo explica el entonces ya Arzobispo de Toledo:

«El Corazón de Jesús designa la realidad en la que el misterio de Dios está presente como cercanía que nos ama, se compadece de nosotros, expía nuestros pecados y se da a Sí mismo en sacrificio. En el Corazón de Cristo sabemos quién ha querido ser Dios para nosotros; en él, el enigma al que conduce toda la realidad y sabiduría del mundo se transforma en misterio de amor y de redención que nos salva y da la felicidad. Nuestro corazón descansa a la luz de su verdad y de su amor, y en él sabemos de la verdadera sabiduría y del verdadero amor, sin los que todo es pasajero, vano y fugaz» (81).

DM intentaba, además, acercarse al significado de la **palabra "corazón"**: Aunque es una de esas «palabras cumbres por su capacidad expresiva», y «sería muy largo de definir» su significado bíblico, el Cardenal calificaba al corazón como «el centro íntimo, libre, profundo, personal de nuestra vida interior. El corazón es como el símbolo central de la persona» (81-82).

Y citando a Guardini, se preguntaba DM: «¿Qué es seguro? ¿Tan seguro que podamos entregarnos a ello a ciegas? ¿Tan seguro que podamos enraizar en ello todas las cosas? Nuestra respuesta será: El amor de Jesucristo... No podemos decir siquiera: el amor de Dios, porque, a fin de cuentas, sólo por medio de Jesucristo sabemos que Dios nos ama» (84). Más aun, con ese lenguaje apasionado con que tantas veces le oímos predicar, añadía el propio DM: «¿Quién es el hombre capaz de atisbar cómo carga Cristo sobre sus espaldas el destino del mundo? La seriedad y veracidad del amor se manifiesta cuando este amor se hace destino del que ama» (85). Y así nos encontramos con que «nuestra vida está sumergida en un nuevo principio: el amor redentor de Dios. ... El amor de Dios es el puro abrirse de su corazón más allá de toda medida, necesidad y

¹⁴ Cf. *CJMag*, 223-228.

¹⁵ Cf. *CJMag*, 77-111.

exigencia ... Cristo ofrece al mundo abrasado en el odio y la mentira, el egoísmo y el orgullo, una corriente de agua viva cuya fuente está en el corazón de Dios» (86). Citando a Pablo VI, DM recordaba que «La misericordia y la miseria, la gracia y el pecado están en la base del mensaje evangélico» (87); al pecado, que es una ofensa a Dios que lleva al hombre a la miseria, responde la misericordia divina.

A continuación, tras exponer cómo «la deseada renovación de toda la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes», el Cardenal presentaba a la Iglesia de Cristo como «Sacramento de caridad y de esperanza», pues «lo que se nos ofrece a nosotros, y lo que nosotros hemos de ofrecer al mundo es Cristo, nuestra esperanza como realización del amor y de la misericordia de Dios» (100). Este encuentro con Cristo llevará al mundo el gozo y la paz, basados en la confianza en la amorosa Providencia divina. En definitiva, «cuando miramos al Corazón de Jesús ..., miramos el signo del misterio que rige y abarca nuestra vida: interioridad, unidad, expiación, salvación, misericordia, esperanza, amor» (104).

Al final de esa ponencia, DM sintetizaba su pensamiento en unas breves **proposiciones**; entre ellas: El Año Santo, como el Concilio, tiene como objetivo la «renovación interior y reconciliación con Dios y con los hombres».- De esta renovación y reconciliación hasta las raíces el hombre es incapaz si no tiene dentro de sí una fuerza que no es de este mundo, sino «una vida nueva dada por el amor de Dios Padre, manifestada en el Hijo Encarnado, continuamente vivificada por el Espíritu Santo. El símbolo de esta acción trinitaria, que es fuerza y vida, está y reside en el Corazón de Cristo, que por lo mismo merece ser amado y adorado» (108).- Los sacerdotes «encontraremos nuestra identidad sacerdotal precisamente en su Corazón, por lo cual nuestra acción pastoral ... no podrá prescindir ... del amor al Sagrado Corazón de Jesús» (108).- «He ahí por qué el mensaje de Paray-le-Monial tiene renovada actualidad. Porque nunca se podrá amar dignamente al Corazón de Cristo sin encontrarnos dentro de Él con la imperiosa exigencia divina de amar a los hombres como hermanos» (109).- En definitiva: «Pueden cambiar el lenguaje y determinadas expresiones, pero no el contenido sustancial de un culto y una devoción que cuenta con tres siglos de existencia y ha sido mil veces bendecida por la Iglesia, porque sus raíces fundamentales pertenecen al mismo Evangelio» (109).

- El año siguiente, 1975, DM participaba en Valladolid en una *Semana de Teología Pastoral sobre el Corazón de Jesús* organizada por el P. Luis M^a Mendizábal desde la Dirección Nacional del Apostolado de la Oración.

En su ponencia, titulada ***El Corazón de Cristo y la santificación del pueblo cristiano***¹⁶, el Cardenal recordaba que «ningún cristiano puede decir que ama a la Iglesia si no mantiene vivos estos amores: si se ama a Cristo y a la Iglesia, en Él y por Él, se entra fácilmente, con docilidad, en los dones del Espíritu Santo, en la corriente de lo que pide el culto al Corazón de Jesús, que es: reparación, consagración, confianza, caridad teologal, amor fraterno, amor de apostolado, inspirado en Dios mismo y en los ejemplos del Señor. Y ésta es la santidad de que nos habla el Vaticano II» (124-5). DM añadía «que no es una devoción y un culto alienante, no es culto para la evasión piadosa, para el sentimentalismo fútil y pasajero. Es, por el contrario, un culto que compromete a mucho, y si no ha sido presentado así muchas veces, el remedio no está en quitar ese culto, sino en presentarlo como se debe, para que pueda surtir todos sus provechosos efectos en el alma cristiana».

Finalmente, precisaba quizás más que en ninguna otra de sus intervenciones, que esta espiritualidad:

¹⁶ Cf. *CJMag*, 113-132

«...lleva tres siglos de existencia en su forma actual; que en la otra, en lo que podríamos llamar la esencia del culto fundado en la Biblia y en la teología, culto que es, a la vez, a la persona de Cristo en toda su integridad, y a su sabiduría y amor infinitos, eso pertenece al momento mismo en que Jesucristo consuma la redención. Desde entonces se empezó a amar al Corazón de Cristo y se le empezó a dar culto, privada o públicamente, aunque adopte expresiones litúrgicas más oficializadas y plenas en ciertos momentos históricos, cuya fecha puede comprobarse en un momento dado; pero no es lo sustancial ese dato, ni siquiera el de la aparición, aun cuando venga a confirmarlo. Lo más importante es esa entraña viva de lo que es el Corazón de Cristo, ofreciéndonos en todo momento los dones de la redención. El hecho de que en cierto momento de la historia pueda aparecer, aunque sea por medio de revelaciones privadas, confirmando algo que pertenece a la más viva entraña del Evangelio, no tiene nada de extraño; por el contrario, podría muy bien interpretarse, de la misma manera que lo hacemos, cuando hablamos del progreso doctrinal en la ponderación de las mismas verdades, sobre las cuales, permaneciendo sustancialmente idénticas, admitimos, como es lógico, un crecimiento que va lográndose con el tiempo en su expresión y asimilación» (125-6).

- Recordemos finalmente que en una de sus últimas conferencias en el Santuario de la Gran Promesa (junio de 2000), sintetizaba lo esencial de esta devoción en cuatro palabras: orar, adorar, consagrar y reparar¹⁷.

4. Dimensión social. Corazón de Jesús y Cristo Rey

4.1. Dimensión social

Con frecuencia se ha criticado a la DCJ que da a la vida espiritual un cariz interiorista, al margen de la dimensión social del Cristianismo. Sin embargo, DM, tan preocupado desde sus tiempos de joven sacerdote en Valladolid por la justicia social y la caridad fraterna, mostró que, si se ha producido ese enfoque, no ha sido en coherencia con la auténtica ECJ, sino como una desviación de la misma.

- Precisamente una de las primeras reflexiones que conservamos de DM sobre la DCJ se titula ***Dimensión social del culto al Sagrado Corazón de Jesús***¹⁸. En este discurso, el entonces obispo de Astorga, después de reconocer que algunas expresiones populares de este culto daban una *impresión sensiblera* del mismo y tenían el peligro de reducirlo a «a una especie de evasión sentimental a propósito para ciertas fiestas del año o para ciertas procesiones callejeras» (26), señalaba que los hombres hemos hecho ese tipo de reducciones sentimentales también con el misterio de Belén, o con el mensaje de las bienaventuranzas, sin que ello deba achacarse a esas realidades sagradas, sino que «somos nosotros los que, por la torpeza de nuestro egoísmo, mutilamos muchas veces el mensaje del Santo Evangelio» (27).

Por el contrario, seguía diciendo DM, la DCJ es una “síntesis del Evangelio y compendio de la Redención”, por lo que necesariamente tiene una dimensión social. Lo mostraba Mons. González Martín recordando, en primer lugar, que «los grandes pontífices que han escrito las encíclicas

¹⁷ *CJMag*, 212.

¹⁸ Discurso pronunciado en el Palacio de la Música de Barcelona, el 24-10-1961, dentro del I Congreso Internacional sobre el Culto al Sagrado Corazón de Jesús. Cf. *CJMag*, 23-44.

sociales son los mismos que han escrito también las encíclicas sobre el Corazón de Jesús», y que «el Papa de la *Rerum Novarum* es el Papa de la encíclica *Annum Sacrum*», el mismo que en 1899 hizo la consagración del mundo al Corazón de Jesús.

Afirmaba a continuación que la DCJ, lejos de ser un puro sentimentalismo, «es lo más fuerte en la línea de *exigencias cristianas*», puesto que es «la participación en la intimidad de Cristo que baja a la tierra a decir a los hombres hasta dónde ha llegado el grado de su amor», y se preguntaba: «¿Hay algo más fuerte que esa ley de Dios que nos marca un camino duro y austero?»; para responder: «Hay algo todavía más exigente, precisamente por ser más noble y más elevado. Es el regalo inmenso del amor de Dios».

En aquellos años de diversas revoluciones y de difusión del marxismo, DM enseñaba que para encontrar un remedio a los problemas sociales, «se necesita una reforma de costumbres, se necesita una reforma del corazón humano». Y recordaba que «estamos viviendo ya desde hace mucho tiempo las consecuencias beneficiosas de esta doctrina social de la Iglesia», para añadir: «Los que dicen con una sonrisa sarcástica que qué influencia puede tener el culto al Sagrado Corazón de Jesús para arreglar el problema social, deberán reflexionar en lo que significan estos miles y millones de almas consagradas a Dios en el mundo seglar o en el mundo sacerdotal y religioso, que, frente al enfermo y al desheredado, frente al hombre más humilde y abandonado de la sociedad, le han regalado amor, cultura, cariño maternal, sin pensar nunca jamás ni en razas, ni en diversidad política, ni cultural, ni geográfica, ni siquiera religiosa. ¿O es que tenía que esperar la Iglesia de Dios a que viniera Carlos Marx a predicarnos su mensaje social para enseñar a los hombres el camino del amor?» (33).

Pues bien, ese camino evangélico está sintetizado en el culto al SCJ, que «al católico fervoroso y consciente le habla de dos grandes amores: el amor a Dios y el amor al prójimo. Esta es la síntesis de Jesús en la tierra. Y si su Corazón es como una síntesis de su vida, en Él se encuentra lo mismo el amor al Padre que el amor a los hombres» (33). El obispo de Astorga mostraba a continuación que «no hay reforma social sin sacrificio e inmolación» (35), las cuales se alimentan con la «meditación constante y fervorosa de lo que significa el amor de Dios a los hombres» (37).

En definitiva: «Justicia y caridad, amor de Dios y amor al hombre. En estas cuatro expresiones sencillísimas se encuentra resumida la doctrina social de la Iglesia de todos los tiempos» (38). «Pero, para que la caridad sea universal y para que la justicia sea constante, no bastan las leyes» (39). «Esta universalidad del amor, esta abnegación necesaria, este referir el amor del hombre y unirlo con el amor a Dios, sin lo cual no es posible que exista con la permanencia necesaria para superar las dificultades, sólo puede encontrarse con el hombre en una auténtica vida cristiana» (40). Y la DCJ nos invita precisamente «a que pensemos en el Cristo inmolado. En el Dios que se hace hombre y que nos regala, víctima del amor a los hombres, todos los tesoros infinitos de su bondad»; a que nos demos cuenta «de que, si queremos encontrar paz, convivencia entre nosotros, ha de ser a base de que nos demos unos a otros, no algo de nuestras cosas, sino a nosotros mismos», lo cual ninguna «disposición de índole puramente político-social, podrá producirlo», sino que se necesita «que el hombre tenga ante sí la imagen viva del amor de Dios» (41).

Concluía esta reflexión DM con estas bellas palabras: «Se ha escrito que un alma que se eleva levanta al mundo. Calculad lo que nosotros podríamos levantar al mundo también, si en nuestra vida de cristianos lográramos la elevación que el culto al Sagrado Corazón de Jesús, bien entendido, exige de nosotros» (43).

- Todo esto no se quedaba en pura reflexión doctrinal: Tenemos diversos ejemplos de cómo **DM unió en su actividad pastoral el culto al CJ y la promoción social**.

A este respecto, me ha impresionado leer la Carta pastoral que en junio de 1965 dirigió DM a los fieles de Astorga, titulada ***Un monumento al Corazón de Jesús en La Cabrera, tierra de dolor y de esperanza***¹⁹.

Llegaba el momento de inaugurar una imagen del CJ en la Cabrera Alta, tras años de esfuerzos de diversos sacerdotes y seglares de la zona. Y a propósito de ello, el Obispo de Astorga recordaba cómo la Iglesia había promovido siempre en esa deprimida zona la promoción social junto a la evangelización: los mismos sacerdotes que predicaban la Palabra de Dios y administraban los sacramentos «fueron los que enseñaron las letras humanas, cuando no había maestros; ellos los que ayudaron a curar a los enfermos, cuando no había médicos ni medicinas; ellos los que infundieron el respeto a las leyes, cuando no había regidores ni jueces» (105). Seguía hablando de cómo, después de la Guerra Civil, los sacerdotes habían promovido la instalación del servicio eléctrico, el desarrollo de carreteras, escuelas y viviendas para maestros, etc.

DM aprovechaba la ocasión para recordar que, si la Cabrera Alta había mejorado, la Cabrera Baja seguía con graves carencias, para las que pedía la colaboración de autoridades provinciales y nacionales, pues, escribía: «Como Obispo de esta diócesis, tengo el deber de preocuparme por la situación espiritual, ante todo, de mis diocesanos. Y aún debo añadir que la caridad y la misericordia me obligaban también a fijarme en su situación humana, cuando ésta es tan grave que dificulta la vida del espíritu o sencillamente comporta sufrimientos que superan lo normal de la vida» (111). Por ello, añadía con palabras conmovedoras:

«Se lo pido a todos en nombre del dolor y el sufrimiento de los que allí han vivido, en nombre de la ilusión y la esperanza de una vida mejor por parte de los niños que allí viven, en nombre de todas las familias en cuyos hogares se ama a Dios y a la Patria, en nombre también de Jesucristo Redentor, a cuyo Corazón adorable levantamos ahora una estatua en la Cabrera Alta. Si por quedar tan lejos, esta imagen que se levanta ahora aquí no tuviera capacidad para mover el espíritu de aquellos a quienes me dirijo, apelo entonces a otra imagen más alta del mismo Corazón de Jesús que se va a erigir en el centro mismo de España: la del Cerro de los Ángeles. Queríamos y seguimos queriendo que Jesucristo reine en la sociedad española. Para ello es necesario que a cada rincón de cada provincia donde el dolor y la pobreza hacen la vida casi insoportable, llegue un poco más de amor y de justicia. Entonces los monumentos tienen pleno sentido» (113-114).

Un sentido que había explicado unos párrafos antes:

«De día y de noche, al ser vista la imagen, nos predicará a todos amor, justicia, paz y verdad. [...] No nos limitaremos a que se levante una estatua en lo alto de una montaña. Nos esforzaremos humildemente por vivir el santo Evangelio de Jesús» (110).

Verdaderamente, una bella y profunda reflexión, una auténtica joya pastoral.

-Sobre la **Consagración de España al CJ**

Hemos visto cómo en 1965 DM hacía alusión al restaurado monumento al CJ en el Cerro de los Ángeles. En 1969, ya como Arzobispo de Barcelona, hablará de la renovación que se acababa de celebrar de la consagración de España al Corazón de Cristo en el 50 aniversario de la misma²⁰.

Explicaba allí el sentido de la consagración de 1919, y de lo ocurrido en los dramáticos años que la siguieron:

¹⁹ Cf. *OCMGM*, 103-114.

²⁰ *Del corazón del hombre al Corazón de Cristo*, Carta Pastoral del 22-10-1969; cf. *CIMag*, 53-76.

«Han pasado cincuenta años desde entonces. Mucha agua bajo los puentes, muchas lágrimas en los ojos, mucha sangre en las manos. Llegó un día en que la imagen del Corazón de Jesús del Cerro de los Ángeles fue fusilada y el monumento destrozado. Pienso que aquellas balas sacrílegas, disparadas por un odio inconsciente, intentaban fusilar tanto o más que a una imagen y a lo que para ellos significaba, un modo de vivir y pensar en la Iglesia y la nación española, que se había revelado incapaz de solucionar a tiempo el gravísimo problema que todos padecíamos. Fue sin duda horrible profanación y sacrilegio. Pero fue también triste reflejo de muchas otras profanaciones anteriores cometidas día tras día por quienes, como españoles o como católicos, pospusieron la ley del amor a la de sus egoísmos» (59).

A continuación, el Arzobispo de Barcelona hablaba de la Consagración de España renovada en ese Cerro de los Ángeles unos meses antes:

«Es cierto que ni España es hoy lo que era entonces, ni la Iglesia española es la misma de antaño. Podemos decir, en términos generales, que han cambiado muchas cosas en una evolución más favorable y positiva. No obstante, sigue pesando sobre nuestra conciencia el deber de procurar una mayor armonía entre la vida práctica de cada uno y la pública profesión de nuestra fe, entre el orden social existente y el sentido católico en que quiere inspirarse, entre el deseo de justicia y de paz y el aborrecimiento del pecado que destruye toda paz y toda justicia auténticas» (59-60).

Como vemos, DM seguía insistiendo en la **dimensión social** de la auténtica DCJ. Ahora bien, eso no le llevaba a menospreciar el **sentido de las consagraciones comunitarias** por el hecho de que no siempre consigan todo el fruto que deseáramos. Por eso, añadía con gran sentido común pastoral:

«Las apelaciones a Dios y a Jesucristo su enviado, los ofrecimientos y consagraciones, tanto en ámbito privado de cada uno como en la vida pública de los pueblos, se quedan por lo general muy lejos de lo que el deseo proclama. Pero no por eso dejan de hacerse. También cuando rezamos el Padrenuestro damos expresión a actitudes religiosas fundamentales, con las que nuestra vida dista mucho de estar conforme; pero seguimos diciendo humildemente que sea santificado su nombre y que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo. Los pueblos, como tales, también deben rezar, manifestar su confianza en Dios, pedir perdón por sus pecados.

Y no es lícito despreciar tales manifestaciones por el hecho de que no se logren tan rápida e intensamente como quisiéramos las transformaciones colectivas deseadas. No exigimos tanto en ningún orden de cosas de la vida» (60-61).

4.2. Cristo Rey

Sabemos que, tanto en las revelaciones del CJ a Sta. Margarita o al Beato P. Hoyos, como en el Magisterio pontificio, la ECJ ha ido íntimamente unida a la realeza de Cristo y a la fiesta litúrgica de Cristo Rey, que incide en la dimensión social del Reino de Cristo.

Ya hemos visto cómo DM insistía en esa dimensión social. Veamos ahora cómo explicó también la advocación de Jesucristo Rey y su relación con la DCJ; lo hizo especialmente en una conferencia titulada **La realeza de Jesucristo** pronunciada en Valladolid en 1979²¹.

²¹ Dentro de un Congreso Teológico-Pastoral sobre *El Corazón de Jesús, principio y signo de unidad*. Cf. *CIMag*, 133-181.

En ella, tras algunas citas de Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II, que señalaban que Cristo es el centro de la vida y la historia, y que la sociedad está llamada a abrirle todas las puertas a su potestad salvadora, DM recordaba algunos textos bíblicos y los **fundamentos teológicos** de la Realeza de Jesucristo: la unión hipostática, el derecho de conquista adquirido por la Redención, y la gracia capital que le corresponde por ser Cabeza de la Iglesia.

A continuación, entraba el Cardenal primado en la cuestión de si, tras el Concilio **Vaticano II**, con el reconocimiento de la justa *autonomía de las realidades temporales* y su proclamación de la *libertad religiosa* en la esfera civil, habrían perdido actualidad las enseñanzas de la Iglesia sobre la Realeza de Jesucristo. Respondía DM que, ciertamente, «una cosa es la proclamación de la Realeza de Jesucristo, en su ejercicio plenario y escatológico, y otra muy diferente en su ejercicio durante la etapa temporal que va desde su ascensión a los cielos hasta la segunda venida»; que «el Reino de Jesucristo no se identifica con ninguna forma de “teocracia”, ni tampoco de “hierocracia”, sino que acepta la autonomía relativa de las realidades temporales con sus propias leyes y valores»; que es un Reino «espiritual y, en el estado actual de la economía de la Redención, no se impone por la fuerza, sino que atrae por el amor, respetando la libertad de los hombres y de los pueblos» (141). Admitido todo lo cual, el Card. González Martín precisaba que el Vaticano II «ha confirmado en numerosos textos de sus documentos este señorío universal y absoluto de Jesucristo, como verdad que pertenece a la Tradición de la Iglesia y recogida en la Escritura», lo cual mostraba con una selección de textos conciliares.

En otra parte de su intervención, DM hablaba de los **estadios del Reino de Jesucristo**: «el del Reino peregrinante y crucificado, desde la Ascensión hasta la segunda venida»; y el de «la Consumación más allá del tiempo y de la historia»; «dos fases de un único Reino» (147). Pues bien, añadía, «es cierto que la soberanía de Cristo es plena y total, desde el mismo instante de su encarnación, pero su ejercicio pleno y universal es escatológico». Y es que «el Hijo de Dios vino a este mundo, pero no como el Rey-Mesías, victorioso y dominador, sino como Rey peregrino y crucificado, como el Siervo de Yahvé, según la sublime profecía de Isaías (Is 42, 53), o como el Justo “abandonado” por su Dios (Sal 21), antes de ser para siempre Rey resucitado y glorificado, sentado a la diestra del Padre, Rey de reyes y Señor de señores (Ap 1 7, 14) y que volverá a la tierra, en el último día, sobre las nubes del cielo, con gran poder y majestad (Mt 24, 30-31; Mc 13, 26-27; Lc 21, 27), para juzgar a todos los hombres y a todos los pueblos (Mt 25, 31-46). Y la Iglesia, su Esposa de sangre, no podía tener una condición distinta de su Divino Esposo, durante su peregrinación terrena» (148). Y concluía este apartado diciendo: «El Reino ha comenzado ya; el Reino consumado no tendrá una diferencia de naturaleza, sino de grado» (149).

Trataba a continuación DM el tema agustiniano de **las dos ciudades**, aunque añadía, citando al Cardenal Journet, que se puede hablar de tres ciudades: «la “Ciudad de Dios” y la “Ciudad del Diablo” -desde el punto de vista espiritual-, y la “Ciudad humana”, desde el punto de vista de las realidades temporales, con fines intermedios y relativos» (152). En efecto, recordaba de nuevo el Arzobispo de Toledo que «aunque el señorío de Cristo es total y universal, en el régimen terrestre de la Redención ... admite la dualidad de la Iglesia y del mundo (como conjunto de realidades temporales autónomas). La Iglesia y el mundo están sometidos de derecho a Jesucristo, pero de distinta manera». Y añadía:

«Las relaciones entre la Iglesia y el mundo, entre la Iglesia y la sociedad temporal, deben ser de distinción de esferas, de respeto de sus ámbitos propios de actuación, de independencia, cada una en su propio terreno; pero, al mismo tiempo, de legítima cooperación, puesto que ambas están al servicio de la vocación personal y social del hombre, en su vocación integral, aunque, por distinto título, y la persona humana, a la cual deben servir, es un sujeto único, en su esencia ontológica y en su vida existencial, abierta a la trascendencia» (152-153).

En otro apartado de su exposición, DM trataba del tema, entonces muy en el candelero eclesial, de la relación entre **evangelización y liberación humana**, así como de la distinción entre legítima **secularidad y secularismo** radical, del que afirmaba que «constituye una negación, más o menos radical, del Reino de Cristo, y constituye uno de los intentos con que, a lo largo de la historia del mundo, los hombres han pretendido construir la ciudad terrestre frente a la Ciudad de Dios». Para añadir: «Hoy estamos asistiendo al intento consciente y sistemático de sustraer todas las esferas de la vida humana, hasta el núcleo más íntimo de la conciencia personal, de la influencia de Dios, de tal forma que la existencia del hombre sobre la tierra se desarrollase como si Dios no existiera» (159). Desarrollaba ese tema haciendo alusión a la Nota que había publicado meses antes sobre el referéndum de la Constitución de 1978, y buscando una solución equilibrada a todos los problemas mencionados que evitara simultáneamente la espiritualidad desencarnada, el secularismo radical y la negación de la autonomía relativa de las realidades temporales.

En el siguiente apartado de su exposición, DM explicaba la **relación entre la Realeza de Jesucristo y la DCJ**. Recordaba que el Papa León XIII, que había hecho la consagración del mundo al Corazón de Jesús, lo hizo con una fórmula de invocación a Cristo Rey, y en su Encíclica *Annum Sacrum*, al exponer la fundamentación teológica de dicha consagración, empleó los mismos argumentos que posteriormente desarrollaría Pío XI, al establecer la Fiesta de Cristo Rey, en la Encíclica *Quas Primas*; Papa que ordenó que al celebrar esta fiesta se renovase esta consagración al Sagrado Corazón de Jesús, y en la citada Encíclica *Quas Primas* relacionó la consagración de las familias, de las ciudades y de los reinos, e incluso del mismo género humano, al Corazón de Jesús, con la Realeza de Cristo. Citaba también a Pío XII, el cual en su encíclica *Haurietis Aquas* manifestó su deseo de que «cuantos se glorían del nombre de cristianos y combaten activamente por establecer el Reino de Jesucristo en el mundo, consideren la devoción al Corazón de Jesús como bandera y manantial de unidad, de salvación y de paz» (170).

DM reflexionaba sobre todos estos textos señalando que «si el Reino de Jesucristo es un Reino de amor, que sólo quiere hombres y pueblos que acepten su soberanía como un vasallaje de gratitud y de correspondencia de amor a su Redentor, se comprende fácilmente su interna vinculación con una devoción que consiste -volvía citar a Pío XII- en “el culto al amor con que Dios nos amó por medio de Jesucristo”, y en cuyo Corazón “podemos considerar no sólo un símbolo, sino también como un compendio de todo el misterio de nuestra redención” » (170).

En los últimos párrafos de este apartado recordaba la exhortación colectiva que la Conferencia Episcopal había publicado en el **cincuentenario de la consagración de España al Corazón de Jesús** (realizada en mayo de 1969), en la cual se decía:

«La consagración es un acto de fe en la soberanía de Jesucristo, de aceptación de la misma y de confianza en su amor. Cristo, sentado a la derecha del Padre, triunfador del pecado y de la muerte, ha sido constituido Señor del Universo (Ef. 1, 22). Los hombres y los pueblos le debemos adoración, como criaturas de Dios y como redimidos por la Sangre del Cordero (Ap 1, 5). Preciso es que Él reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies; el último enemigo destruido será la muerte (1 Cor 15, 26). Sometiéndonos a Él contribuimos a que se extienda su Reino, es decir, a que resplandezca su amor sobre los hombres, para que viendo nuestras obras, glorifiquen al Padre. Le suplicamos que todos los hombres reconozcan su señorío, para que venga a nuestro mundo su Reino de amor, de justicia y de paz» (170-171).

Y añadía una alusión a su querido **Santuario de la Gran Promesa de Valladolid**, donde «se puede ver una plasmación monumental y artística de esta relación íntima entre la Realeza de Cristo y el Corazón de Jesús: una de las capillas laterales está dedicada a Cristo Rey, cuya imagen, con expresión de serena y humilde majestad, aparece sentado en su trono, respaldado por la cruz,

signo de nuestra Redención, con su mano izquierda sujetando el volumen como Legislador, y con la derecha bendiciendo con amor» (171).

En el último apartado de su larga exposición, DM volvía de nuevo la mirada a España, bajo este título: **Proyección del Reino de Cristo sobre la realidad de nuestra Patria**. Analizaba ahí el cambio social que se estaba produciendo en una España sometida a un proceso de secularismo de «ritmo acelerado y repentino», por el cual «en un decenio escaso ha cambiado radicalmente la fisonomía del catolicismo español» (172). En esos momentos de divisiones de la Iglesia en España, DM hablaba de «las interpretaciones unilaterales, cuando no desviadas» del Vaticano II, de los peligros de que había advertido Pablo VI de «una falsa renovación» (174), etc.

En ese contexto frente a la exaltación del pluralismo radical como si fuera lo mejor, DM afirmaba que «siempre será un ideal -aunque pueda ser inasequible en las circunstancias actuales- la libre aceptación por la mayoría de un pueblo -como recoge el Concilio Vaticano II en su Declaración *Dignitatis Humanae*- del “deber moral de los hombres y de las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo” (DH, 1 y 3)» (177). Lo cual aplicaba a la situación española, recordando que: «El Episcopado español, en su Declaración Colectiva al final del Concilio, afirmó que la libertad religiosa “no se opone... a la unidad religiosa de la nación” y que los dos Papas del Concilio -Juan XXIII y Pablo VI- “nos han recordado a nosotros, los españoles, que la unidad católica es un tesoro que hemos de conservar con amor”» (178).

5. Aspectos pastorales: símbolos y prácticas; pueblo sencillo, sacerdotes, familias

Conociendo bien DM, como hemos visto, los fundamentos de la ECJ, sus etapas históricas, su proyección social, y hechas las debidas distinciones, propias de los teólogos, entre lo esencial y lo accidental de la misma, no podemos olvidar que el Cardenal González Martín no era propiamente un teólogo, sino un pastor. Y por ello, pedía a todos que no se privase al pueblo cristiano de los símbolos y prácticas en que se ha expresado dicha espiritualidad, todo lo cual, aun no siendo sustantivo, se ha revelado de gran fruto pastoral en la historia de la Iglesia.

5.1. Símbolos y prácticas. El Corazón.

Por supuesto, DM tenía claro que los **símbolos** deben llevarnos a lo que ellos significan. Por ello, en su conferencia en el Santuario de la Gran Promesa en junio de 2000, advertiría del peligro de «una devoción de símbolos vacíos del gran contenido que lleva en su entraña el Corazón de Cristo. Símbolo el corazón, símbolo la imagen con el corazón abierto, símbolos los cánticos y las cintas rojas...»²².

Muchos años antes, en un ya citado discurso pronunciado en 1961, DM había reconocido ese peligro, recordando una *experiencia personal*:

«Yo recuerdo ... la primera vez que muy niño oí hablar del Corazón de Jesús o viví una escena del culto en relación con este objeto santo. Era en un pueblo de Castilla. Una procesión. [...] . Un grupo de mujeres a las cuales acompañaban algunos hombres recorriendo las calles de aquel pueblecito rústico y cantando esos motetes y plegarias que a todos los oídos españoles les suena a algo familiar: “Corazón Santo, Tú reinarás, Tú nuestro encanto siempre serás...” Y estas frases, pronunciadas por un grupo de mujeres

²² CjMag, 211

piadosas en torno a una imagen del Corazón de Jesús de colorido muy chillón, con unas medallas de cinta roja, pronunciándolas como quien pronuncia una letrilla a la que se ha acostumbrado rutinariamente, sin darse cuenta de su significado [...] hacía que el resto de los hombres de aquel pueblo mirara con absoluta indiferencia una procesión en la cual ellos creían que la única ocasión y el único pretexto que ofrecía era, sencillamente, recitar plegarias y cantar cánticos religiosos a propósito para que el sentimentalismo piadoso de unas cuantas mujeres encontrara un cauce oportuno de expresión»²³.

Se entiende que, en su ya citada Exhortación pastoral de junio de 1967, DM advirtiera: «Ciertamente son de evitar, en ésta como en toda devoción, las inoportunas manifestaciones y las expresiones exageradas, sensibleras, realmente anticuadas o inconsistentemente fundadas en la verdad católica». Sin embargo, con gran equilibrio pastoral, había añadido: «Eliminado, empero, cuanto de eso pudiera haber, no sólo las “devociones” ayudan a la auténtica *devoción*, o espíritu de entrega, la manifiestan y excitan, sino que, sobre todo, es algo esencial al cristianismo el reconocimiento y la correspondencia al amor con que Dios concibió el “designio eterno” (Ef. 3, 11) o Misterio de Cristo, en orden a la salvación de los hombres; al amor con que ha ido y va realizándolo a lo largo de la Historia de la salvación; y al amor divino y humano con que Jesucristo llevó personalmente, y continúa llevando a efecto en su Iglesia la parte fundamental, a la que nos corresponde cooperar, de aquel amoroso designio»²⁴.

DM seguía recordando que **lo esencial** de esta devoción es *el Amor eterno del Verbo encarnado*, «cuyo expresivo símbolo -añadía, citando a Pablo VI- es su mismo Corazón traspasado». Por eso, precisaba que si reconocemos y agradecemos el móvil amoroso del plan divino de salvación y correspondemos a él, estamos ya en la esencia de la devoción al Corazón de Jesús, pero «ya no nos falta, para entrar de lleno en ella, sino -de acuerdo con el ejemplo de la Iglesia misma y de su liturgia- expresar mediante un símbolo material la realidad espiritual o invisible de ese amor. Este signo es el Corazón, símbolo y centro de la vida afectiva del amor» (48).

En 1969 insistirá en que «reconociendo que ha habido expresiones externas defectuosas en el culto y en las maneras de hablar sobre el Corazón de Jesús, se corrijan esos defectos, pero no se destruya el contenido sustancial que el culto y la doctrina encierran»²⁵.

Volverá sobre el tema en 1974:

«Pueden cambiar el lenguaje y determinadas expresiones, pero no el contenido sustancial de un culto y una devoción que cuenta con tres siglos de existencia y ha sido mil veces bendecida por la Iglesia, porque sus raíces fundamentales pertenecen al mismo Evangelio. Depuradas las expresiones en lo que deben depurarse, pensemos que, si se ama a Cristo, en el amor se encontrará gozo y consuelo, y Cristo fue el primero que en su existencia terrestre ofreció su amistad y la dulce mansedumbre de su Corazón a lo largo de la Iglesia, en la que Él vive...»²⁶.

Y vemos a su corazón de pastor sufrir cuando señala que «lo más triste que nos podría suceder es que ... por miedo o respeto humano ante la contestación, dejáramos que se pierda en la penumbra del olvido y las incomprensiones una devoción que el pueblo necesita. Necesita ésta

²³ *Dimensión social del culto al Sagrado Corazón de Jesús*, en *CJMag*, 25-26. Según nos indicó D. Santiago Calvo, la anécdota referida tuvo lugar en el pueblo natal de DM, Villanubla.

²⁴ *El Sagrado Corazón y el Magisterio de la Iglesia*, en *CJMag*, 45-46.

²⁵ *Del corazón del hombre al Corazón de Cristo*; en *CJMag*, 63.

²⁶ *El Sagrado Corazón y el Año Santo*, en *CJMag*, 109-110.

y otras que la Iglesia ha aprobado» (*Ib.*, 110).

Volvemos a ver ese mismo corazón de pastor preocupado por *los pequeños* cuando, hablando de la santificación del pueblo cristiano en 1975, escribirá sobre las diversas **devociones** surgidas en la historia, que la Iglesia:

«...nos dirá, y en este caso lo ha dicho en infinidad de documentos, si aquello es fiable y tiene todas las garantías para merecer la adhesión de los creyentes, aunque se trate de una revelación privada. Las burlas y ligerezas en la crítica eso sí que son evasiones condenables. No se nos oculta que ha habido expresiones de esta devoción al Corazón de Jesús difícilmente compatibles con el deseo de perfección litúrgica que hoy nos anima. Pero, por favor, que tampoco se pida al pueblo, en su totalidad, que actúe en estos casos con un purismo académico, como si fuera ese pueblo un profesor de estética. Dejadle como se le deja en otros muchos aspectos de la vida, incluso culturales, puesto que es cultura lo que aparece en esas formas folklóricas donde tantas veces se dan de mano el arte, la poesía, la vida familiar, el apego a la tradición, la intuición poética. Dejadle que se exprese también, como tiene derecho a expresarse, en sus devociones y ayudadle siempre para que sean lo más perfectas posibles»²⁷.

Puro sentido común pastoral, que muchas veces olvidamos... En definitiva, DM concluía así, con gran vigor, su reflexión:

«Respetemos el Concilio Vaticano II y tratemos de llevar a la práctica cuanto nos ha pedido. Hemos de vivir un cristianismo que, en efecto, nunca sea evasivo, ni alienante, pero se nos tacha de evasivos y alienantes por el hecho de detenemos en nuestros templos a rezar en silencio, ante el Sagrario y ante el Corazón de Jesús, o para cantar juntos *Cor Jesu sacratissimum, adveniat regnum tuum, regnum veritatis et vitae...*, gozando con la expresión colectiva de nuestra fe, de la cual tantos bienes pueden brotar en la vida social. Hemos de amar las fórmulas sencillas que la Madre Iglesia, Madre para sus hijos débiles, movida por el Espíritu Santo, nos da, como si fuera leche de sus entrañas. El pueblo necesita realidades y símbolos, como los de ese Corazón de Cristo que dice a los cristianos: “Venid a Mí todos los que estáis cansados, que Yo os aliviaré. Mi carga es suave y mi yugo ligero”. Es lo que ofreció el Señor desde el principio: amistad de amigo, redención de Redentor, amor del amor infinito, confianza para sentirse perdonado, gracia para seguir adelante haciendo el bien, a pesar de todos los pesares; fortalecimiento para seguir amando fraternalmente a los demás y no cansarse y colaborar en todas las empresas apostólicas que la Iglesia le señale y que el mundo de hoy necesita. El pueblo lo encuentra no en vanas fraseologías, sino en ese Corazón de Cristo, ante el cual se rinde conmovido y gozoso, porque le ve como una expresión clara, pura, hermosa, limpia de todo lo que es Cristo redimiendo a los hombres.

No sé decirlo de otro modo. Entendida la devoción y el culto al Corazón de Cristo, en toda la profundidad que encierra, el cristiano verá en ella, como dijo Pío XII, una síntesis preciosa de lo más esencial del cristianismo; entonces, vivámoslo y hagamos conciliable todo lo que nos pide este culto y esa devoción con lo que exige la atención que hemos de prestar a los hombres de hoy»²⁸.

²⁷ *El Corazón de Cristo y la santificación del pueblo cristiano*, en *CJMag*, 127.

²⁸ *Ibid.*, 131.132,

5.2. Sacerdotes

De todos es conocida la pasión de DM por el sacerdocio y la formación de los aspirantes al mismo, especialmente en su última etapa episcopal, en esta archidiócesis toledana. No tiene, por ello, nada de extraño que encontremos en sus escritos reflexiones sobre el CJ y el sacerdocio.

En julio de 1982 pronunció la conferencia de clausura en la Semana de Teología del Sacerdocio de la Facultad de Teología de Burgos, con el título ***El Corazón de Cristo, Pastor***²⁹. En ella exponía resumidamente la imagen de Yahveh, Pastor de Israel, en el Antiguo Testamento, y de Cristo, como Buen Pastor, en el Nuevo. A continuación, reflexionaba sobre algunos aspectos «de las espléndidas realidades que en el Corazón de Jesús entraña el simbolismo del Buen Pastor» (229): Cristo amó a los suyos hasta dar la vida por ellos, los alimenta espiritualmente, los defiende, los cura de sus males espirituales, los mantiene unidos en su Iglesia, triunfa y reina con ellos en el cielo.

Sin embargo, en este momento de nuestra síntesis, vamos a fijarnos más en las **consideraciones de tipo pastoral** que hace DM sobre **el sacerdote y la DCJ**.

En un discurso³⁰ -ya citado- del año 1974, en plena crisis para muchos de la identidad sacerdotal, el Cardenal Arzobispo de Toledo recordaba que «no es el mundo quien debe conformar al sacerdote, es el sacerdote quien debe conformarlo según el espíritu del Evangelio» (95), para lo cual necesita aquel la certeza sobre su propia identidad. Ahora bien, indicaba DM, «me pregunto cómo será posible conseguir este equilibrio interior y esta fuerza capaz de cumplir en el mundo con nuestra misión de salvación, llevando la reconciliación y la paz, si nosotros, sacerdotes, elegidos por Dios para tal ministerio, no nos sumergimos en las profundidades del Corazón de Cristo Redentor» (97-98). Y añadía:

«Esta es la época en que la Iglesia ha abierto su corazón al mundo más que nunca. La Constitución Pastoral *Gaudium et spes* es toda ella como un inmenso latido del corazón de una Iglesia que comprende, se sacrifica y ama. Pero ¿qué corazón puede tener la Iglesia si no es el Corazón de Jesús, de Cristo, nuestro Hermano y nuestro Dios?

Y aquí viene la paradoja: cuando más hablamos del amor de la Iglesia al mundo menos pensamos sobre el Corazón de Cristo, y menos predicamos sobre el culto y la devoción comprometida y sacrificada que debemos a ese símbolo adorable del amor que reconcilia y da paz. No encuentro explicación adecuada para este triste y desconcertante fenómeno más que el naturalismo que invade, en gran parte, nuestra acción pastoral» (98).

Y es que, si todas las épocas de la historia los ministros del Evangelio hemos corrido el peligro de olvidarnos de la vida interior y de sucumbir a las mil tentaciones de la tierra, «nunca como ahora se nos ha presentado con tanta apariencia de generosidad evangélica el olvido del misterio de Dios y de su vida trinitaria, tal como se nos revela en el Corazón de Cristo. De la secularidad legítima hemos pasado al secularismo, de la religión a la política, del amor al hombre al olvido del amor a Dios, de la afirmación de la dignidad personal a la autosuficiencia arrogante y soberbia» (98-99).

Frente a estas desviaciones, enseñaba DM, «el Corazón de Jesús y el culto y la devoción al mismo, tal como el Magisterio de la Iglesia lo ha expuesto, nos apremian y nos llevan a un amor puro y sacrificado al mundo y a las necesidades de los hombres, y a la vez nos librarán a los sacerdotes, en nuestra acción pastoral, de todo desorden, por exceso o por defecto» (99).

²⁹ Cf. OCMGM, 221-234.

³⁰ *El Sagrado Corazón y el Año Santo*, en *CJMag*, 77-111.

Finalmente, entre las **conclusiones** de este discurso, el Card. González Martín señalaba la siguiente: Siendo la paz «un don del Corazón de Cristo Redentor, y dado que nuestra misión es ofrecer al mundo esa paz como fruto de la vida divina, encontraremos nuestra identidad sacerdotal precisamente en su Corazón, por lo cual nuestra acción pastoral ... no podrá prescindir del culto y la devoción, es decir, del amor al Sagrado Corazón de Jesús» (108).

Y en otra conclusión añadía:

«La religión de Jesús no es sólo para pequeños grupos, es para el pueblo, para la masa inmensa de los creyentes o de los que a tientas buscan a Dios. Es la muchedumbre de los pobres que no tienen otro consuelo más que el de sentir confianza en un Dios que les ama. Somos nosotros los responsables de presentar debidamente y con toda dignidad los caracteres y exigencias de esta devoción. Y a lo que no tenemos derecho nunca es a privar al pueblo de algo que para el pueblo ha sido instituido o aprobado» (110),

Un cuarto de siglo después, en el año 2000, DM, hablando de la DCJ como una *Espiritualidad para el tercer milenio*³¹, apuntaba que «si en un pueblo más grande o más pequeño, los sacerdotes en sus apostolados sobre comunidades y grupos ayudan a vivir la espiritualidad del Corazón de Jesús, es fácil transformar el ambiente y vivir conforme al Evangelio un número creciente de personas y familias que hagan sentir en la sociedad el influjo de las grandes virtudes cristianas» (212).

5.3. La familia

Si el ministerio sacerdotal estaba siempre presente en el pensamiento y corazón de DM, no lo estaba menos la familia, a la que dedicó abundantes reflexiones en sus intervenciones sobre el CJ.

Una de ellas se titula precisamente ***La Consagración al Corazón de Jesús en la familia invita a la reparación***³², ponencia leída en un Congreso sacerdotal celebrado en Fátima en 1980.

En ella comenzaba por reconocer: «Muchas de mis reflexiones pastorales, de estos últimos años sobre todo, han ido orientadas en esta dirección, aunque ciertamente ha sido una preocupación constante en toda mi vida sacerdotal. [...]. ¿Y desde qué mejor punto de vista pueden hacerse estas reflexiones pastorales sobre la familia -lugar de amor y de vida- que el del amor de Dios expresado en el Corazón de Jesucristo?» (184).

Recordaba DM lo que significa esta espiritualidad: «**“Corazón de Jesús”**: la Iglesia ama entrañablemente esta expresión. Con ella invoca el *amor de Dios* hecho realidad en el Verbo encarnado» (184). Y añadía: «En un mundo que siempre tiene que aprender a amar, el Corazón de Jesús, a través de nuestra íntima convivencia con Él, enseña a amar. [...] Es un error ver en el Corazón de Cristo una barrera que impide el contacto con el Cristo del Evangelio. [...] Para interpretar el mundo y la humanidad, la actitud cristiana es la de Cristo y su Corazón pleno de amor que redime y que salva. Porque eso es todo amor verdadero: redención. [...] Nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto: el amor de Jesucristo que se entrega hasta la muerte para redimir a los hombres de toda esclavitud y de todo dolor» (185). Ahora bien:

«El Corazón de Cristo, como símbolo y realidad de la persona del Verbo, es quien se presenta al hombre en el amor que triunfa de la muerte y quiere recapitular todas las cosas en sí mismo para devolverlas purificadas al Padre. Si se silencia esta encarnación histórica del amor de Dios en Jesús, aunque utilicemos expresiones referentes al “amor de Dios”

³¹ Cf. *CJMag*, 205-214.

³² Cf. *CJMag*, 183-203.

estamos lejos de captar su amor. Nadie va a Dios si no es a través del amor redentor de Cristo. Y este misterio de amor del Dios hecho hombre, del amor de Dios que late en un corazón humano, es el que invita al seguimiento de Cristo y lo hace posible, el que anima a tomar la cruz de la vida diaria, y por el que es suave el yugo y la carga ligera» (186).

La **conclusión** era clara para DM:

«Es evidente que la familia cristiana, nacida de su amor y de su gracia -el Sacramento del matrimonio- tiene que vivir del amor de Cristo, nacer y fortalecerse al calor de su Corazón. El amor es lo más íntimo y radical de la realidad personal, y es también lo más íntimo y radical en la experiencia del Corazón de Jesús: Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres. El amor de Cristo alimenta la vida de la familia...» (186).

En un segundo momento de su intervención, el Card. González Martín explicaba que «a la luz de lo que significa el Corazón de Jesús y la familia cristiana, se comprende la petición insistente hecha por Cristo, a través de sus revelaciones y de los documentos pontificios, de que las familias **se consagren a su Corazón**. La sociedad de hoy necesita el testimonio de la familia como iglesia doméstica consagrada al Corazón de Jesús» (187). Y describía con bellos trazos la vida de la familia consagrada: «Nacido el matrimonio cristiano del amor de Cristo, tiene que vivir también de las palpitaciones de su Corazón» (188); «La familia que se consagra al Corazón de Cristo vive sabiendo de quién se ha fiado, y hace suyas las palabras de San Pablo: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?”» (189). Una consagración que implica «una adhesión y una conformación total. Y tiene dos aspectos: Cristo que llama e invita y la respuesta por parte del hombre al amor que amó primero» (189).

A continuación, partiendo de los conceptos de Xavier Zubiri sobre la religión y el culto, señalaba DM que «el culto al Corazón de Jesús es la actualización del reconocer, aceptar y responder a su amor. Y por eso son aspectos esenciales: la **consagración** -adhesión y conformación total- y la **reparación**» (193), actitud esta última a la que dedicaba algunas reflexiones, para terminar mostrando a «la familia cristiana, como verdadera Iglesia doméstica, mensajera y artífice de la reparación, de la unidad y de la paz» (197).

6. Conclusión

Ordenado sacerdote Don Marcelo en el Santuario de la Gran Promesa de Valladolid, que fue testigo de los primeros años de su ministerio, su espiritualidad estuvo siempre arraigada en el amor de Jesucristo. Ahora bien, como recordábamos citando unas palabras del Card. Ratzinger, «la devoción a Cristo Jesús, el Hijo de Dios que se hizo carne y que, por ello, no puede prescindir de su humanidad, para no ser superficial tiene que llevar a su Corazón». Así fue a lo largo de todo el ministerio sacerdotal y episcopal de DM: su amor a Cristo le llevó a su Corazón, del cual tantas veces predicó, enseñó y reflexionó.

En años de secularismo y naturalismo, y en una situación de crisis eclesial en que muchos criticaban y abandonaban los principios tradicionales de la espiritualidad católica, DM, consciente de las objeciones que se hacían a la DCJ, realizó un equilibrado discernimiento de lo que pueden ser formas y sensibilidades accidentales y cambiantes, y lo que, por el contrario, es la esencia de una devoción, tal como ha sido recomendada por el Magisterio de la Iglesia: Jesucristo Redentor, Dios y hombre verdadero, resucitado y vivo, presente especialmente en la Eucaristía, que nos muestra su Amor, simbolizado en su Corazón, y nos invita a confiar en Él y a responder al mismo mediante la consagración y la reparación; y no de una forma individualista e intimista, sino

descubriendo que ese mismo Corazón está misteriosamente presente en los hermanos, por lo que la DCJ, íntimamente unida a la devoción a Cristo Rey, tiene una inseparable dimensión social, muy presente también en DM desde el principio de su ministerio sacerdotal y en su mismo lema episcopal: *“Pauperes evangelizantur”*.

Pensando precisamente en todas las pobreza del pueblo sencillo, DM pedía que no se le privase de los beneficios pastorales que desde siglos había recibido de esta entrañable devoción. Por eso, si hemos visto cómo DM expuso a lo largo de su vida, sobre una sólida base doctrinal, los fundamentos teológicos de la ECJ, también hemos recordado que igualmente promovió como buen pastor que esta impulsase la actuación de los sacerdotes, consagrados y seminaristas, la vida de las familias y el laicado en general. Todo ello, antes y después del Vaticano II: DM, que fue un activo padre conciliar, recordó con insistencia que «aún en nuestros días, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, lejos de haber perdido su razón de ser o su actualidad, ha venido a cobrar fuerza de necesidad en nuestro período posconciliar»³³.

En ese espíritu de la auténtica renovación de la vida eclesial que pedía el Concilio, DM promovió la formación sacerdotal. Con razón ha escrito el director de esta Aula de Teología desde el Corazón de Jesús, D. José M^a Alsina, que «la aplicación continuada que Don Marcelo hizo de su doctrina sobre el Sagrado Corazón en el cuidado de la formación teológica y espiritual de los sacerdotes, así como su celo por la promoción de las vocaciones sacerdotales le hacen merecedor del título de “padre y pastor según el Corazón de Jesús”»³⁴.

Y así lo vivió hasta el final de su vida. En la conferencia de D. Santiago Calvo mencionada al principio de esta exposición³⁵, el fiel secretario de DM hizo una confidencia que no había manifestado anteriormente:

«A partir del 9 de diciembre de 2003, fecha en que salió del hospital “Río Carrión” de Palencia y fue trasladado en ambulancia a Toledo, su afán era querer venir a Valladolid, para morir cerca del Santuario, donde había empezado su ministerio sacerdotal, bajo la mirada y la protección de la imagen muy querida del Corazón de Jesús, con la ilusión de pasar horas delante del Santísimo y oír cantar a los niños, el “Cor Jesu sacratissimum”, como lo había vivido muchos años atrás, sin caer en la cuenta de que ya no existía la escolanía y que sus fuerzas iban disminuyendo. Poco a poco iba perdiendo la movilidad y su traslado no era viable».

Aunque no pudiera morir en Valladolid, sin duda que se cumplió en él esta promesa del Corazón de Jesús a sus devotos: “Mi Divino Corazón será su refugio seguro en este último momento de la muerte”.

³³ *CJMag*, 47.

³⁴ J.M. Alsina Casanova, *Don Marcelo, padre y pastor según el Corazón de Jesús*, Cristiandad 1038 (2018) 10.

³⁵ *El Corazón de Jesús en la vida de D. Marcelo*, Valladolid, 6 de junio de 2018.